

2

MUERTE Y RESURRECCIÓN EN MESOPOTAMIA I LOS PRIMEROS POEMAS DE LA HISTORIA Y EL DESCENSO A LOS INFIERNOS DE UNA DIVINIDAD SUMERIA

Resurrección. El sustrato de significación de las fases de la luna.

Una perspectiva más arcaica nos lleva a identificar el mito del descenso de Inanna con el espectáculo del cielo nocturno y a descubrir en él las distintas fases y los movimientos de la luna, que aludían y dejan entrever una muerte y una resurrección eternamente repetidas en la naturaleza vegetal. Algo así, en una primera lectura, como un drama que narraba la historia de su oscurecimiento y la aparición de un nuevo creciente tras tres días de oscuridad. En este sentido, para Baring y Cashford no hay duda de que Inanna habría sido, por encima de cualquier consideración, una diosa de carácter lunar que habría dado la vida como luna creciente para luego arrebatlarla como luna menguante. «Su mitología giraba alrededor de la conexión trazada entre las fases luminosas y oscuras de la luna y la alternancia rítmica de la fertilidad y esterilidad de la tierra. Era alternativamente virgen creadora y madre o esposa doliente; alternativamente la que traía la vida y la que traía la muerte. [...] El carácter triple de la diosa como madre, esposa y hermana del joven dios reflejaba la trinidad de las fases lunares luminosas. La cuarta fase, la oscura, estaría personificada en la mitología sumeria por la hermana de Inanna, Ereshkigal, la reina del inframundo».¹

Nos encontramos, en consecuencia, ante la primera manifestación alegórica, puesta por escrito, de la muerte y la resurrección, en la que, tras las significativas imágenes de la narración, aparecía de manera inconfundible el mito lunar, dado que la luz debía sumergirse en las tinieblas para poder reaparecer en el siguiente ciclo. «Las dos hermanas, unidas [Inanna y Ereshkigal], representaban el todo, los “rostros” unificados de la gran madre: una, la luz, y la otra, la oscuridad que “mataba” la luz, pero que, sin embargo, la devolvía a su lugar en los cielos llegado el nuevo ciclo».² Un contexto agrícola y astral que no ha impedido otras interpretaciones, como la relativa al fracaso de la diosa del amor en su intento por conquistar el reino de la muerte de su hermana Ereshkigal; es decir, la imposibilidad de abolir y de desterrar la muerte de la vida de los hombres. Similar fracaso al que, como ya hemos visto, experimentaría tiempo después el rey semidivino de la ciudad

¹ A. Baring y J. Cashford. Op. Cit. 228.

² Op. Cit. p. 256.

de Uruk, Gilgamesh, en su búsqueda desesperada de la inmortalidad.³

En consecuencia, sujetos al nacimiento y a la muerte, creados para servir a los dioses y para perecer en el inframundo tras una existencia efímera, a los sumerios no les quedaba otra alternativa, reducida probablemente a estrechos círculos del poder, que agarrarse a la esperanza que les brindaba la identidad con el dios-hombre Dumuzi, que moría y resucita eternamente; es decir, que descendía a los infiernos y ascendía al mundo de los vivos, como la vegetación lo hacía cada seis meses. Si bien, como probaba la gesta de Gilgamesh y su impotencia para vencer a la muerte, el traslado de la idea de muerte-resurrección del mundo de la naturaleza al ámbito antropológico debió constituir un largo y complicado proceso dominado por siglos de sabia resignación existencial y por el férreo convencimiento de una muerte inexorable y sin paliativos. He aquí todo lo que ofrecía la primitiva escatología Mesopotamia a aquel infeliz «rebaño» de siervos y auxiliares de los dioses venidos desde lo alto del cielo: la idea de que Dumuzi, como la vegetación, «desaparecía» para «reaparecer» seis meses después; una alternancia con presencia y ausencia periódicas del dios, que, según Eliade, «podría haber fundamentado unos “misterios” importantes para la “salvación” de los hombres, de cara a su destino más allá de la muerte».⁴

En teoría, todo indica que el descenso de Inanna a los infiernos respondía al modelo arquetípico del viaje iniciático, en el sentido que más tarde le ofrecerían los cultos de misterio griegos y orientales. Incluso poseía, según algunos autores, los rasgos de una primitiva experiencia chamánica convertida en la visión extática de un mundo onírico y enteramente fabuloso. Ahora bien, sin menospreciar la hipótesis de unos ritos secretos arcaicos de elites de iniciados, diferenciados de los cultos públicos de la Diosa Madre neolítica⁵ o de los cultos de los dioses urbanos sumerio-acadios, resulta realmente arriesgado hablar de «iniciaciones místicas» en la primitiva Mesopotamia; un ejercicio imaginario sobre el que, invariablemente, muchos autores modernos terminan proyectando la visión heredada del mundo clásico grecorromano y oriental. Ciertamente, podemos asumir que el mito de Inanna «prefiguró, en gran medida, el sentido simbólico de los misterios, asentados sobre el motivo del descenso al inframundo y el ascenso posterior, así como el establecimiento cíclico de este suceso».⁶ Pero hemos de reconocer, si somos sinceros, que sabemos muy poco sobre un hipotético carácter secreto («místico») de los rituales de Inanna-Ishtar y de Dumuzi-Tammuz, a pesar de los textos e himnos que nos hablan de ritos y celebraciones en su honor.

Lo cierto es que no hubo noción de transcendencia en Mesopotamia, que muy probablemente heredaron, al final del imperio babilónico, del zoroastrismo de los persas; y tampoco hubo, más allá de los infiernos, un universo inmanifestado al estilo del antiguo Egipto: solo vida sobre la superficie de la tierra, dioses venidos del cielo y patéticas sombras de la muerte en el kur... Únicamente la inmanencia determinada por la visión terrena de los modelos celestes y de una cosmología que situaba el mundo (el cielo, la tierra y el infierno) sobre el océano de las aguas primordiales, y dentro de la cual los dioses tenían carácter «material», como los hombres y las bestias. Todo lo cual, hay que reconocerlo,

³ S. N. Kramer. *La historia empieza en Sumer*. 217 y ss. Y. M. Eliade. *Historia*. I. 114-118.

⁴ M. Eliade. *Historia*. I. 102.

⁵ Johanna H. Stuckey. *Ancient Mother Goddess and Fertility Cults*. Journal of the Association for Research on Mothering. p. 32 y ss. Edición Digital On Line.

⁶ Elsa Cross. *El descenso de Inanna. Una prefiguración de los misterios*. Revista de la Universidad de México. 26. Edición Digital On Line.

no solo no impidió, sino que pudo facilitar en alguna medida un desarrollo de la astronomía y de las matemáticas, basado en el sistema sexagesimal que ha llegado hasta nosotros, como no ha conocido ninguna otra cultura a lo largo de la historia, quizás ni siquiera superado por nuestro nivel de desarrollo actual.⁷

La institución y el rito del matrimonio sagrado, no obstante, celebrado tras la resurrección del dios, encarnado en la figura del soberano con la diosa, representada ésta por una sacerdotisa, nos permite profundizar y encontrar algunas de las bases del sentido simbólico posterior del mito manifestado en las religiones de misterio, en tanto que fusión inmanente de lo divino y de lo humano. De tal manera que los reyes mesopotámicos, desde Sumeria a Babilonia, encarnaron a Dumuzi-Tammuz-Marduk en el *hieros gamos* con Inanna-Ishtar, que materializaba la sacerdotisa o la hieródula de ocasión; lo que, de alguna manera, exigía la «muerte» ritual del rey todos los años. Por eso, la figura de Dumuzi-Tammuz, encarnada ritualmente por los monarcas sumerio-acadios, habría tenido posteriormente una importancia decisiva a la hora de establecer una cierta identidad entre estos dioses y los hombres; a partir de la cual, todo ser humano pudo haber aspirado al disfrute de un privilegio reservado inicialmente al soberano como deidad resucitada.⁸

En cualquier caso «hay que suponer que tras la narración transmitida en el texto sumerio se escondía un “misterio” instaurado por Inanna para asegurar el ciclo de la fecundidad universal».⁹ Misterio que Eliade parecía adivinar, aunque no probar convincentemente, en la réplica despectiva de Gilgamesh a la invitación de Ishtar (Inanna) a convertirse en su amante;¹⁰ lo que pondría de relieve, según este autor, la fundamentación y la institución de ese «misterio». Pero, como el mismo Eliade reconocía, aquellas «lamentaciones» eran meramente rituales y no hay pruebas de que hubiesen tenido otro significado diferente: se lloraba el descenso del joven dios a los infiernos el 18 del mes de Tammuz, y ello con la conciencia clara de que a los seis meses volvería a renacer a la vida.

Por fortuna, disponemos de abundantes testimonios documentales que prueban estas lamentaciones de Inanna, de gran belleza, por la muerte del dios joven; textos que durante siglos se convirtieron en la base de un ritual de cantos corales probablemente al estilo de las salmodias, y cuya atmósfera y sensaciones (de pesadumbre y dolor) fueron transmitidas al cristianismo. Dos de los poemas más destacados llevaban los títulos de *Inanna y Bilulu*¹¹ y *Endecha de Inanna por la muerte de Dumuzi*.¹²

En *Endecha* leemos:

¡Cuán amargamente llora a su «esposo»!
 ¡Cuán amargamente llora Inanna a su «esposo»!
 ¡Cuán amargamente llora la reina de Éanna a su «esposo»!
 ¡Cuán amargamente llora la soberana de Uruk a su «esposo»!

⁷ Nos llevaría mucho espacio ocuparnos de estos asuntos. A modo de ejemplo citaremos tan solo la tablilla 322 de la colección GA Plimpton de la Universidad de Columbia, escrita en torno a 1800 antes de nuestra era y que contiene lo que hoy conocemos como «ternas pitagóricas». Y el hecho de que en la actualidad se empieza a considerar un lugar común el que la matemática pitagórica y la geometría griega pudieron tener su origen en Mesopotamia.

⁸ M. Eliade. *Historia*. I. 102.

⁹ Op. Cit. I. 101.

¹⁰ Cita 23.

¹¹ J. Bottéro y S. N. Kramer. *Mitología mesopotámica*. 344-351.

¹² Op. Cit. 326-332.

O en *Inanna y Bilulu*:

¡Elevaré en el desierto, Dumuzi mío, mi lamento: ¡Mi lamento por ti! ¡Mi lamento por ti!

Este último poema ofrecía una visión de Inanna ansiosa por reunirse con el cuerpo de su amado, partiendo en mitad de la noche y bajo la luz de la luna (su padre Nanna), «que brillaba para ella como si aprobase la apesadumbrada iniciativa y se encargase de mostrarle el camino». Según Kramer, «este poema nos presentaba a una Inanna en cierto sentido “renacida” al amor que había sentido por Dumuzi antes de abandonarlo [en los infiernos] a cambio de su propia vida y salvación».¹³

¹³ Op. Cit. 351.